

**PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 10****10. Los cristianos no lo son para sí mismos sino, con Cristo, para los demás**

*«El destino y la meta última de la comunidad cristiana es el mundo, “para los hombres” [dice don Giussani]: una entrega profunda y apasionada a los hombres y a su destino, una tensión encaminada a hacer presente en la existencia cotidiana, en medio de los sufrimientos, tentativas, esperanzas y negaciones de los hombres, el sentido último de las cosas, el acontecimiento de Jesucristo, lo único que puede salvar al hombre» (ficha n. 10).*

*Los testimonios de Benedetta y del obispo Tito Banchong, del norte de Laos, nos muestran dos ejemplos de este «ser para» entre los pupitres de la escuela o en la jungla de Laos: Cristo toma hoy nuestro sí para alcanzar a todos los hombres a través de nosotros.*

**El deseo de ponerme en juego**

Hace alrededor de un mes falleció un queridísimo amigo nuestro, Mario, dejando una mujer y cuatro hijos. El dolor que esta muerte ha provocado ha sido inmenso, pero para mí ha sido igualmente grande descubrir en esta ocasión lo cierto que es que la realidad no va contra nosotros y que nada sucede para nuestro mal. Mi profesora de griego decía: «Las lágrimas lavan la mirada», y de hecho, después de la muerte de Mario no he podido evitar mirar a mi padre de forma distinta y darme cuenta de todo lo que ha mejorado nuestra relación. Otra cosa que me ha asombrado además verdaderamente ha sido ver todo el bien que puede nacer de algo tan trágico. De hecho, ya al día siguiente de su muerte muchísimos chicos de la escuela se acercaron a la capilla de un hospital en donde algunos de nosotros rezamos por la mañana el *Ángelus* antes de entrar en clase. Lo que me maravillaba era el gran número de personas que estaban allí, entre las que había chicos que creo que no han rezado en su vida, como un compañero mío de clase que se confiesa ateo convencido, pero que había ido allí con otros compañeros para estar cerca de su profesora de religión (mujer de Mario) y de su compañero de escuela, Davide, que acababa de perder a su padre. Estos son algunos de los signos que he percibido, pero hay muchos otros: por ejemplo, el deseo de ponerme en juego durante la clase de religión discutiendo con mi profesor sobre la vida después de la muerte, tema que casualmente tenía que tratar con mi grupo; ver todo lo que está creciendo mi amistad con los de GS y con el mismo Davide, un amistad que es cada vez más verdadera; darme cuenta de lo valiosa que es mi fe cuando, al dialogar con una compañera, ella me dice: «Yo quisiera tener la fe que tú tienes, pero frente a estos acontecimientos tan terribles la poca fe que tengo disminuye... Solo experimento rabia». Es extraño cómo los demás ven en nosotros algo de lo que ni siquiera nos damos cuenta. Siempre he tratado de ser yo misma con mis compañeros para mostrar también aquello en lo que creo, pero he renunciado miserablemente a ello. Sin embargo, justamente en ese momento mi compañera me mira y me dice: «Me gustaría tener tu fe, tú tienes muchas más certezas».

No sé por qué Dios ha elegido la muerte de Mario como medio para hacerme descubrir todo esto, no creo que estos signos puedan justificar su muerte, de hecho no pueden; pero ahora lo único que tengo que hacer es dar gracias por todo esto, dar gracias porque estos acontecimientos han despertado nuevamente en mí el deseo de vivir mi vida plenamente –como hacia justamente Mario al decir su sí, como Pedro–, han despertado mi deseo de infinito.

*Benedetta*

»

**» Los dos obispos coraje en busca de católicos por la jungla de Laos\***

Después del encuentro con ellos, Francisco contó a sus colaboradores que había sentido vergüenza: «Ellos eran el centro, yo la periferia», dijo el Pontífice. «Estos obispos han sufrido y han testimoniado continuamente su fe con alegría, en pequeñas comunidades. Al final de la audiencia me he sentido... avergonzado». Tito Banchong y Louis-Marie Ling son obispos en Laos y viven en comunidades de las que se sabe y se habla poquísimas. Su historia tiene rasgos en común con la que vivieron hace siglos los «cristianos ocultos» japoneses, que ha vuelto a salir estos días a la luz gracias a la preciosa película *Silencio* de Martin Scorsese. [...]

El obispo Banchong, que guía actualmente la comunidad de los bautizados en Luang Prabang, en el norte de Laos, fue en el año 2000 puerta por puerta buscando a los fieles. Durante doce años fue el único sacerdote en un territorio más grande que Italia meridional. Ha buscado «uno por uno» a los bautizados que desde hacía veinticinco años –después de la llegada al poder del movimiento comunista Pathet lao en 1975– ya no tenían iglesias, sacramentos ni imágenes sagradas. «Habían conservado la memoria de la fe únicamente en el corazón», nos dice. Al difundirse la noticia de la vuelta de un sacerdote católico a Luang Prabang, muchos bajaron de las montañas o llegaron de aldeas remotas para ser bendecidos y para confesar su fe, que había permanecido intacta. En diecisiete años de infatigable trabajo pastoral, llevado a cabo con dulzura y confianza, Banchong, que tiene ahora 69 años, ha reanimado la comunidad, ha bautizado, ha visitado a las familias y ha llevado el Evangelio a las pequeñas aldeas de las montañas entre las tribus hmong, khmou y akha.

Hoy atiende pastoralmente a los tres mil cristianos que viven la fe en un contexto mayoritariamente budista y animista, marcado por una burocracia de tipo socialista que durante años ha sido asfixiante –el obispo tenía que pedir permiso para cualquier pequeño desplazamiento– y que en los últimos quince años ha visto finalmente una reducción gradual de la presión sobre la libertad religiosa. [...]

«Dios siempre ha estado con nosotros en este rincón del mundo, también en las pruebas», repite Banchong con el rostro lleno de alegría. El obispo está todavía emocionado por el encuentro con el papa Francisco: «Para nosotros es un padre misericordioso». Y recuerda los más de cinco años que pasó en prisión entre 1976 y 1986 como un «largo retiro espiritual». Un tiempo en el que, sin poder celebrar misa, «mi cuerpo era el cuerpo de Cristo y mi sangre era la sangre de Cristo». El Gobierno había expulsado a todos los misioneros extranjeros y los pocos sacerdotes laosianos soportaron condenas injustificadas por parte del régimen comunista. Después de los primeros tres años en prisión, se le impuso al joven sacerdote Tito una pena incluso peor: enrolarse en el ejército. «Estuve toda una noche en vela rezando, y después acepté convertirme en un soldado como voluntad de Dios», nos cuenta. «Me ocupaba del aprovisionamiento de la comida para las tropas y podía moverme libremente gracias al uniforme. Era una oportunidad para visitar a los cristianos y para dar catequesis sin que nadie me molestara», explica con una sonrisa aderezada con una mezcla evangélica de candor y astucia. «Hoy les digo a los sacerdotes –afirma Banchong–: no tengáis miedo, haced la voluntad de Dios, así Él actuará en esta comunidad y en nuestro país». [...]

Mirándoles a los ojos y teniendo presente sus historias, el pasado 30 de enero el papa Francisco dijo en la misa en Santa Marta: «La mayor fuerza que tiene hoy la Iglesia está en las pequeñas iglesias, pequeñas, con poca gente, perseguidas, con sus obispos encarcelados. Esta es hoy nuestra gloria, esta es hoy nuestra gloria y nuestra fuerza».

\* A. Tornielli – P. Affatato, «I due vescovi coraggio alla ricerca di cattolici nella giungla del Laos», La Stampa, 2 febrero 2017, pp. 1,15.